

Entonces el conductor abrió los ojos. Miró el horizonte, pestañeó, contempló a sus hijos por el espejo retrovisor y abrazó a su mujer.

—La vi, Mercedes —le dijo—. Vi la anaconda entera. El animal completo. Salió del agua y se quedó inmóvil delante de mí. ¡Me miraba con sus ojos sin párpados!

—¿Y qué se hace ahora, Gabo? Dímelo, ¿qué hacemos?

—¡Nos regresamos!

—¿Ya no vamos a la playa? —protestaron los niños.

—¡Nos regresamos ahorita mismo! —repitió Gabriel irritado.

Maniobró y aceleró en dirección contraria, de vuelta a Ciudad de México, al apartamento alquilado por doscientos dólares al mes en las lomas de San Ángel Inn.

—Este es el plan —resumió Gabriel—: vendemos el coche, nos morimos de hambre, pero escribo el libro.

Los niños comenzaron a hacer pucheros: no querían morir, aunque fuera de hambre.

*Interstate 25, PK 212,600
Entre Albuquerque (NM) y El Paso (TX)
Jueves, 22 de agosto de 1960
12.33 pm*

El hombre del bigote y el pelo engominado conducía hacia el sur. Se llamaba Carlos y era un tipo irritable que apretaba el volante como si se hubiera propuesto deshacerlo o partirlo en dos. ¿El motivo de su ira? Acababa de darse cuenta de que ya no podía quitarse la chaqueta, había sobrepasado lo que él llamaba el *point of no return* y ahora ya tendría visibles manchas de sudor en la camisa.

Era muy presumido.

«¡Híjole con el saco de la gran chingada», debió de pensar.

Entonces vio el cartel que anunciaba «ACME General Store». Dio un volantazo.

Era un almacén destartado, mezcla de ferretería, bar y almoneda. Tras el mostrador descubrió a una atractiva gringa.

—*Good morning, darling* —dijo Carlos, que se jactaba de hablar un inglés excelente—. *Have you got any good shirts? Brook Brothers maybe?*

Con gesto de perplejidad, la chica le señaló una estantería.

«No está mal la güerita», pensó, y le dedicó una de sus legendarias sonrisas de seductor mexicano, aunque nacido en Panamá.

—*Can I have a coffee, honey?* —preguntó.

Mientras la rubia servía el café, Carlos examinó las camisas: todas eran de leñador, a cuadros rojos y negros. Se le revolvieron las tripas. ¿Áspera franela sobre su pecho habituado al tacto de la seda? ¡Inconcebible! Le escocería y era probable que le saliera un sarpullido; prefería su propio sudor.

Curioseó por el local. Sobre una mesa había cartuchos de dinamita, relojes, detonadores y varios metros de hilo de cobre.

—*Boouuum!* —dijo mirando a la chica—. *Ha, ha... boom!*

—*Ha, ha* —respondió ella sin sonreír—. *Here's your coffee, sir.*

En un armario había banderas norteamericanas de varios tamaños, antiguos uniformes confederados, sillas plegables, cafeteras y gafas graduadas con monturas de alambre. En el suelo encontró una caja de cartón con una etiqueta: «W. Faulkner. Oxford, MS».

—*What's this, honey?* —preguntó Carlos.

—*Mostly garbage. Comes from a yard-sale.*

Carlos abrió la caja. Contenía recursos literarios en buen estado: monólogo interior, símbolos usados, territorios míticos, ruptura de la cronología, puntos de vista contrapuestos, uso de primera, segunda y tercera persona para el mismo personaje, en fin, un poco de todo.

—*How much do you ask for this... uh... garbage?*

—*Wouldn't know... Two bucks altogether?*

—*Deal. By the way, my name is Carlos. Carlos Fuentes, mexican author. Remember me!*

En el último momento, Carlos decidió llevarse también un cartucho de TNT y un detonador.

Terminó el café, pagó y salió sonriente de la tienda con la caja de cartón, que depositó en el maletero.

«Una explosión —se dijo—. ¡Boom! Eso es lo que nos está haciendo falta: explotar de una vez.»

*Aracataca, Colombia.
Oficina de Telégrafos
Martes, 6 de marzo de 1930
10.30 am*

Muchos años después, frente al rey de Suecia, el escritor colombiano había de recordar aquella tarde remota en que su padre le advirtió:

—Pase lo que pase, Gabito, usted nunca olvide que no es más que uno de los once hijos del telegrafista de Aracataca.

—El Gabo contará la verdad —afirmó su madre.

El niño tenía tres años y en la casa todavía se hablaba sin cesar de la matanza de la estación.

Había ocurrido en diciembre de 1928. Diez mil trabajadores de la United Fruit Company llevaban un mes de huelga. Entonces corrió el rumor de que el gobernador se entrevistaría con ellos en la estación de Ciénaga. Cuando ya se impacientaban, aparecieron los soldados.

—Señoras y señores —dijo el capitán con una voz baja, lenta, un poco cansada—, tienen cinco minutos para retirarse.

La rechiffa y los gritos redoblados ahogaron el toque de clarín que anunció el principio del plazo. Nadie se movió.

—Han pasado cuatro minutos —dijo el capitán con el mismo tono—. Un minuto más y se hará fuego.

—¡Cabrones! —gritó alguien entre la multitud—. Les regalamos el minuto que falta.

El capitán dio la orden de fuego y catorce nidos de ametralladoras le respondieron en el acto.

Mataron a tres mil: todos los que había en la estación

Cargaron a los muertos en el tren bananero que partió de noche,

con casi doscientos vagones y sin luces. Encima de los vagones se veían los bultos oscuros de los soldados con las ametralladoras emplazadas.

Arrojaron los cadáveres al mar.

Luego escogieron a su gusto el número oficial de muertos: nueve.

No quedó ningún testigo y la matanza desapareció de la historia, como si nunca hubiera existido, y pasó a formar parte de la leyenda.

—¡Aquí no pasó nada! —se quejó el padre—. Es un embuste, no murió nadie.

—Los mataron a todos, más de tres mil. Gabito se lo contará al mundo —insistió la madre—. Él impedirá que desaparezcan para siempre.

*Apartamento 4 B
Avenida de Mayo, 152
Buenos Aires
Sábado, 12 de marzo de 1932
9.30 pm*

El hombre mira por la ventana y oye ruido de pasos al otro lado de la pared. Imagina la vida en el apartamento de al lado, imagina a una mujer y a su amante. Acaba imaginando también una ciudad entera en la que transcurre esa otra vida: Santa María.

Piensa que, si fuera capaz de imaginarla completa, con todos los detalles, podría entrar en esa otra vida.

Entonces sería como un dios, se dice: un dios agotado, sin ningún entusiasmo, un dios al que compadecer.

Se sirve otro vaso de whisky.

Recuerda que fue un niño conversador, lector y organizador de guerrillas a pedradas en su barrio. Recuerda que sus padres estaban enamorados. Se le humedecen los ojos. Su padre, Carlos Onetti, era un caballero; su madre, Honoria Borges, una dama esclavista del sur de Brasil.

Hace dos años Juan Carlos se casó con su prima hermana María Amelia Onetti, y acaban de tener un hijo, Jorge.

La venta de tabaco estaba entonces prohibida en Buenos Aires los sábados y domingos. Ayer, viernes, Juan Carlos se olvidó de hacer acopio. Ahora está desesperado. Sin fumar, ni siquiera siente ganas de seguir bebiendo. Podría tirarse por la ventana, podría matar a alguien, podría dar un grito.

O podría llamar a la puerta del apartamento de al lado y entrar en esa otra vida, si consiguiera imaginarla entera, con la suficiente fuerza y precisión.

Se sienta a la mesa del comedor y se pone a teclear en la máquina de escribir.

Cuando se va a dormir ha escrito treinta y dos folios: el primer borrador de *El pozo*.

Así, por culpa del tabaco, Onetti decidió convertirse en escritor.

Terminó una novela titulada *Tiempo de abrazar*. Le llevó el manuscrito a Roberto Arlt, el gran escritor argentino.¹

Arlt contempló a Onetti en silencio hasta que consiguió asignarlo a alguno de sus caprichosos casilleros personales. Luego abrió el manuscrito y comenzó a leer saltándose páginas a menudo, de cinco en cinco o de diez en diez.

«Demoré un año en escribirlo», pensaba Onetti sin rencor, con resignada tristeza.

Cuando Arlt dio por terminada la lectura, afirmó:

—Si yo no he publicado nada este año, entonces esta es la mejor novela que se escribió en Buenos Aires este año.

Sin embargo, la novela permaneció inédita.

En 1939 publicó *El pozo*, esa breve novela que escribió sin fumar: la modernidad acababa de entrar en la literatura latinoamericana. La ciudad, la soledad en compañía, el paisaje sin horizonte, la épica diminutiva y desoladora.

1. Autor de *El juguete rabioso* y de las dos novelas relacionadas *Los siete locos* y *Los lanzallamas*.

Calle Renán, 12, piso 7.º Apartamento C

Colonia Anzuers

Ciudad de México

Lunes, 5 de abril de 1962

07.45 pm

Gabriel había llegado a México en un atardecer malva, con su mujer y su hijo Rodrigo y con los últimos veinte dólares que tenía la familia. Fue el mismo día en que Hemingway se pegó un tiro, el 2 de julio de 1961, en Ketchum, Ohio.

En el apartamento había un colchón en el suelo, una cuna, una sola mesa y dos sillas. Gabriel tenía treinta y dos años, había vivido tres en París y ocho meses en Nueva York, había publicado una novela, *La hojarasca*, y tenía otros tres libros inéditos: *El coronel no tiene quien le escriba*, *La mala hora* y *Los funerales de la Mamá Grande*.

Fumaba cuarenta cigarrillos diarios, adelgazaba y se le habían quedado ojos tristes y absortos como de huérfano; una mirada que hacía pensar en árboles desarraigados, en aguaceros o en matrimonios que ya no tienen nada que decirse.

Como todas las primaveras, a Gabriel se le habían llenado las axilas de golondrinos muy dolorosos.

Lo peor, sin embargo, era que no podía escribir.

Como novelista se sentía metido en un callejón sin salida, y estaba buscando por todos lados una brecha para escapar. Conocía bien a los autores buenos y malos que hubieran podido enseñarle el camino, y sin embargo se sentía girando en círculos concéntricos. No se consideraba agotado. Al contrario: sentía que su gran obra aún estaba por escribir, pero no concebía un modo convincente y poético de escribirla, y tampoco había logrado ver todavía al animal entero.

Era una anaconda inmensa, de más de quince metros, de la que solo había contemplado distintos trozos, su reflejo fugaz bajo el agua, el brillo aterrador de alguno de sus anillos.

De pronto se oyó un ruido como de estampida de elefantes.

Sin duda era su amigo Álvaro Mutis² que subía, como siempre al trote, los siete pisos.

Gabo le recibió con el gesto desesperado de escritor incapaz de escribir.

Álvaro traía un paquete de libros. Separó el más pequeño y lo catapultó contra el pecho de Gabo.

—¡Lea esa vaina, carajo, para que aprenda!

Era *Pedro Páramo*, y esa misma noche lo leyó dos veces. Luego leyó toda la obra de Juan Rulfo y admitió:

—Su obra completa no son más de trescientas páginas. Pero son casi tantas, y tan perdurables, como las que conocemos de Sófocles.

Ya había encontrado el modo convincente y poético que estaba buscando.

Ahora necesitaba más que nunca ver al animal entero, que la anaconda saliera del agua y él pudiera contemplar su desmesurada extensión de sueño demoledor y zigzagueante.

Residencia de Carlos Fuentes

San Ángel Inn

Ciudad de México

Jueves, 6 de noviembre de 1961

5.05 pm

Carlos está sentado ante la máquina de escribir. La luz le entra por su derecha, a través de un amplio ventanal. A sus pies tiene abierta la caja

2. Escritor colombiano que goza de prestigio en virtud de su amistad con García Márquez. En 2001 Mutis firmó una carta pública, dirigida al presidente del gobierno español, José María Aznar, en la que afirmaba que jamás volvería a pisar España mientras se exigiera visado de entrada a los ciudadanos colombianos. La firmaron también García Márquez, Fernando Botero y otros personajes públicos de Colombia, que cumplieron su promesa. Sin embargo, Álvaro Mutis debió de haber añadido un codicilo secreto a su firma, ya que al año siguiente le concedieron el premio Príncipe de Asturias y no tuvo ningún empacho en presentarse a recogerlo. A los colombianos, por supuesto, les seguían exigiendo visado de entrada.

con sus tesoros y la bomba que ha confeccionado con el cartucho de TNT y el detonador.

De vez en cuando saca de la caja alguno de los recursos de segunda mano y lo aplica a la novela que está escribiendo, *La muerte de Artemio Cruz*.

«Je, je... voy a romper la cronología con esto, ahora sí se jodieron», se dice, por ejemplo, con risa malévola. O más adelante: «Ahora lo pongo en segunda persona, como un hipnotizador, wey».

Suena el teléfono y se apresura a responder Rita, para no perturbar la intensa concentración del novelista.

Era la Gaba.

—¿Qué hubo, Rita?

—Bien no más, Mercedes. Carlos es el que no se siente bueno, ahora está con leucemia...

—Ni te preocupes. Gabito acaba de tener cáncer a la cabeza la semana pasada, pero ya está mucho mejor...³

—¡Ya dejen de cotorrear! —interrumpió Carlos con un alarido—. Dame con el Gabo... ¡Ahorita!

Rita le pasó el teléfono.

—¿Tú has leído a Onetti, Gabo? ¿A Borges? ¿A Lezama Lima? Gabriel confesó que no.

—Mire, wey, esa es la vaina: usted leyó a Kafka, pero no a Borges. ¿Por qué? ¿Por qué no nos leemos ni siquiera entre nosotros? ¿Quiere saber por qué? Pues yo se lo digo: ¡porque no somos internacionales, loco, por eso! Necesitamos un boom. Es lo único que nos está faltando, mano.

—¿Una explosión?

—Exacto. Que todo encaje. Lo tengo muy bien pensado, manito...

—Mire, m'hijo, yo ya acabo de sufrir un tumor cerebral.

3. Una conversación casi idéntica refiere la mujer de José Donoso en el libro de su marido *Historia personal del boom*. Por desgracia, años después, García Márquez sufrió de verdad un cáncer.

Los dos hipocondríacos se pusieron a hablar de sus respectivas enfermedades y Carlos Fuentes le hizo una recomendación:

—Haz que te vea el doctor Belinchón, un gallego; es el mejor.

—¿Cómo así? ¿El pendejo es oncólogo o qué?

—Lo está quitando del trago a Rulfo, va a conseguir que deje de beber.

—Pero entonces eso no es un médico, m'hijo, ¿eso es un hechicero!

Consulta del Dr. Belinchón

Barrio de Cerro Alto

México D. F.

Viernes, 30 de septiembre de 1970

5.25 pm

La mujer hacía esfuerzos por contener las lágrimas o quizá el rencor. El hombre hablaba despacio, con el mismo tono con el que se consuela a un niño que llora. Sonó el timbre y la mujer se levantó de mala gana a abrir.

—El señor Donoso.⁴ Otra emergencia —dijo al volver.

—¿Qué tripa se le habrá roto? Lo siento, Luisa, luego seguimos hablando.

José Donoso venía desencajado, con profundas ojeras y semblante, más que funeral, casi póstumo.

—Malaria, doctor. Tengo la malaria —afirmó con gravedad.

—¿Malaria? —Belinchón no pudo disimular su asombro.

—¡Sí, seguro! Yo lo atribuyo a la picadura letal de un mosquito de Calaceite.

Belinchón le había sugerido una vida retirada en el pueblo de Te-

4. José Donoso fue un escritor chileno, autor de *El obsceno pájaro de la noche*. Vivió unos años en Calaceite, adonde arrastró a sus amigos explosivos, todos miembros del boom latinoamericano.

ruel para cuidar su verdadera úlcera y la multitud de enfermedades que no paraba de imaginar el incansable novelista.

Le tomó el pulso y le reconoció.

—Siento decirlo, Pepe, pero sí que parece malaria. Tienes razón.

—¡Lo sabía! Moriré devorado por la fiebre, entre horribles pesadillas y convulsiones...

—Solo es un diagnóstico preliminar.

—¿Me hará usted análisis, radiografías, cultivos...? —preguntó, ilusionado, el narrador chileno.

—Todo eso. Y más cosas. Me temo que es indispensable.

Fernando Belinchón se consideraba médico «hipocondrista». Se había especializado en enfermos imaginarios: siempre les daba la razón. Luego los sometía a pruebas dolorosas e innecesarias, les pautaba dietas estrictas y les administraba medicamentos tan amenazadores como inocuos. Sin que ellos se dieran cuenta, también intentaba curarles de las escasas dolencias reales que excepcionalmente pudieran sufrir: bronquitis, hígado graso, golondrinos y pinzamientos de vértebras, por lo general.

Había tratado la presunta epilepsia de Borges, los cánceres conjeturales de Gabo, las quiméricas infecciones de Vargas Llosa, la diabetes improvisada de Alejo Carpentier, los ficticios pólipos de Onetti, la sífilis imaginada de Rulfo, los divertículos inventados de Cortázar, los aneurismas fantásticos de Cabrera Infante, las oníricas leucemias de Carlos Fuentes y los legendarios papilomas repentinos de Ernesto Sábato.

Se había hecho muy rico, pero estaba hasta la coronilla. Fernando Belinchón también era novelista, aunque inédito, y detestaba a sus pacientes. ¿Por qué no podían contar las cosas por su orden, según iban pasando? ¿Para qué poner personajes que vuelan, que viven más de un siglo o que copulan en hamacas con caimanes? ¿Qué interés tiene una novela que sucede en un pueblo donde todos están ya muertos desde la primera página?

Belinchón quería escribir como el maestro Azorín. Una novela pegada a la realidad, a ras de suelo, en contacto con la vida diaria. Un castellano preciso, rural, trinitario. Una prosa pluvial, insistente, mo-